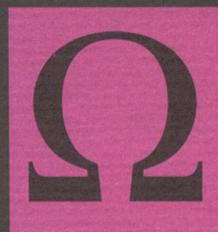


poemas



César Antonio Molina

861.6

MEL

UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS^L



5106351732

Col·lecció Poesia de Paper

32

Poemas

César Antonio Molina

Palma 1995

© del text: l'autor, 1995

© de l'edició: Caixa de Balears «Sa Nostra» i Universitat de les Illes Balears, 1995

Disseny: Jaume Falconer

Directors de la col·lecció: Francisco J. Díaz de Castro i Perfecto Cuadrado Fernández

Edició: Universitat de les Illes Balears. Servei de Publicacions i Intercanvi Científic. Campus universitari. Cra. de Valldemossa, km 7.5. 07071 Palma

Impressió: IMPRESRÀPIT, c/ de Baró de Santa Maria del Sepulcre, 7. Palma

DL: PM/ 303-1995



César Antonio Molina es Licenciado en Derecho y en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid, en donde se doctoró *cum laude* con un trabajo de investigación sobre *La prensa literaria española desde comienzos de siglo hasta la guerra civil*. Fue becario en la Universidad de Perugia (Italia). Tiene más de una treintena de libros publicados como poeta, ensayista y traductor. Es ya larga su labor como comisario de exposiciones, director cultural de prestigiosas instituciones, editor y crítico literario. Desde hace ocho años es el responsable del suplemento Culturas de *Diario 16*.

OBRA POÉTICA

Epica. Editorial Argrove. La Coruña, 1974. *Proyecto preliminar para una arqueología de campo*. Editorial Ambito Literario. Barcelona, 1978. *Ultimas horas en Lisca Blanca*. Colección Provincia. León, 1979. *La estancia saqueada*. Colección El Bardo.

Barcelona, 1983. *Los cuatro continentes*. Colección Juan Ramón Jiménez. Diputación Provincial de Huelva, 1986. Prólogo de María Zambrano, junto con poemas de Julio Ortega, Enrique Lihn y Julia Castillo. *Derivas*. Libros Maina. Madrid, 1987. *El fin de Finisterre*. Edición bilingüe en castellano y gallego. La primera edición con fotos de Xurxo Lobato. Revista Olvidos de Granada, 1987. Segunda edición en la Colección Esquíu de poesía. Ferrol, 1988. Tercera y cuarta edición, también con fotos de X. Lobato, Diputación de la Coruña, 1991 y 1992. *Las ruinas del mundo*. Obra poética completa (1974-1991). Editorial Anthropos. Barcelona, 1991. *Para no ir a parte alguna*. Editorial PreTextos. Valencia, 1994. Su poesía aparece recogida en numerosas antologías: *Poetas del resurgimiento*. Editorial Ambito Literario. Barcelona, 1980. *Florilegio de última poesía española*. Colección Austral. Espasa-Calpe. Madrid, 1982. *Poesía épica española (1950-1980)*. Colección Pluma Rota. Madrid, 1982. *Littératures espagnoles contemporaines*. Editions de l'Université de Bruxelles con motivo de la Europalia, 1985. *Cent ans de Littérature Espagnole*. Editions de la Différence. París, 1990. *Poetas en Jerusalén (antología publicada en inglés)* y *Antología de la poesía española contemporánea*. Edición de Arturo Ramoneda. Alianza Editorial. Madrid, 1995, entre otras antologías.

RETRATO CON NATURALEZA MUERTA

Mi cuerpo picoteado sobre una charca de lapas.

Mis palabras convertidas en mentiras.

Mi cuerpo varado sobre un nido de gaviotas.

Mi boca, tan pequeña, apenas besada,
sobre una charca de lapas.

Mis palabras convertidas en mentiras.

Mis dedos corroídos por larvas marinas,
dislocados por las olas.

Mi cabeza, aún rubia, como una montaña brillante,
sobre una charca de lapas.

Cubierto de arena el bronce,

la mansión marina en donde elegiste residir
entre la linfa y la espuma.

Soy un hombre. Un hombre herido.

La cura está en todos los lugares,
y sin embargo —mi cura— es la herida.

De *¿Dónde termina el viaje?* (Épica)

LA SOUFRIERE

Sacudidas.

Rocas y cenizas desde la pasada madrugada.
El lodo hirviente. La caldera. El mar.
El sueño en la agonía de los espejos estrellados,
de las velas fracturadas hasta las primeras horas de la tarde.

El rumor de labios cobijados
sin saber a quién besar en este mes de despedidas.
Y pronto la lluvia, el viento, el granizo sacudido
como un grano en los cráteres de nuestras casas barrenadas.

Hasta cien metros de altura el vuelo del pichón,
el resplandor herido en las cenizas.
Y ya el invierno arreciado por fumarolas.
Y las palabras acompañadas de lodo hirviendo
en los surcos abandonados de ríos apagados.
Y las citanias de nuevo abiertas a las velas.
Y los géiseres iluminados como fuentes de colores.
Y la salida del vapor que se perfila con la urgencia
[de un correo nocturno.

De *¿Dónde termina el viaje?*
(Proyecto preliminar para una arqueología de campo)

Útero o tumba silbaban distantes las

locomotoras, los grandes expresos internacionales que transcurren sin parada, sin estación términi, que se esfuman tras una ráfaga de vapor o viento al fondo de los túneles profundos, envueltos por las brumas, por el vaho de cientos de personas que peregrinan hacia el cono de una colina.

Encendíamos los faros salpicados por un oleaje encrespado, para responder a un adiós, a la bocina de algún automóvil deslizado en el éxtasis de un gran salto sobre una roca desnuda y sin tempestades, con el acelerador a fondo, rugiendo el noroeste más violento, pensando ya ser solo en el mundo para sostenerse fijo entre los pinos, para pararse sobre la terraza como una cometa o estrella fugaz fotografiada con lentitud sobre las espaldas de los amantes.

Útero o tumba

Un nombre santo invocado, un número, un animal, la acción de gracias, el sacrificio, la oración, el hecho consumado sobre el que se impreca el espectáculo de ese chasis encontrado un día bajo un temporal de arena.

Un espejismo implacable huyendo acosado a toda vela, peligrosamente escorado, sobrellevado por los monstruosos maremotos del océano o abismándose entre ellos chorreando espuma en la inercia inmensa.

Silbaban distantes las locomotoras y los expresos en el corazón torpe de la noche, como tatuaje móvil por los cuerpos, como un travelling por las calles de Lisca vaciadas por una siesta de lluvias.

Y en las redes rotas, picoteadas, los urogallos revolotean con el mismo estrépito con el que se cierran las contraventanas, la memoria que choca como un hueco caparazón de galápago contra las quillas de los buques de carga.

Y reconoces los umbrales geológicos de las rías, y remontas en masa sus vaguadas submarinas, antes de emerger en otras aguas, fuentes, estanques, desde donde te precipitas al mar reproduciendo, desovando en los sargazos.

Útero o tumba

Con un solo gesto se puede decidir el destino de un hombre.

De Últimas horas en Lisca Blanca

MOMENTO FINAL

... Y toda esta intransigencia proviene
de no saber permanecer en el reposo de una habitación. Con el pecho fijo, inmóvil al temor de la muerte, con el hálito pequeño y dulce al beso de un pájaro perdido entre las suertes de un diagrama. Los pies desnudos a lo largo de los sueños disfrazados por las linternas que muelen el abismo, el polvo de una vasija con el agua tibia para el hueco de la víspera de un tiempo de amor.

...Y toda esta intransigencia proviene de no saber permanecer en el reposo de una habitación a oscuras. Estar de acuerdo con objetos como: manzana, botella, suspensión, mesa, palmera. Alejarme de los pretextos: envilecer, ennoblecer. Del tinte humano: delicado, cruel, tierno. Estar solo en el quicio de estas paredes amuralladas, encogido a la necesidad de poder algo, de llenar de pronto el vacío de un maremoto, el escenario inundado para una naumaquía en la que tú nadas sin límites fuera de los pedestales. Estar solo como el banco alargado de un pórtico, y resonando en los recintos la

flecha de un eco vacío agotado por la luz
de un meridiano. Los pies desnudos, las pal-
mas de las manos, las sienas, la nuca tensa
como un paisaje, lejos o cerca, con sólo un
muro, un seto, una duna brillante pretendien-
do llevarla, con la esponja avinagrada de noche a
noche... las gotas imitando el mar,
resbalando por los hombros, por el ombligo
pegado a las últimas colas de las imáge-
nes.

Estar solo, cogido en una necesidad con-
tra la cual nadie puede hacer nada. Y no ha-
ber nada más, y ser indestructible, ajeno, en
paz, siendo lo que soy desde esta soledad de
la estancia.

...Y ya ni conocerte.

De Ultimas horas en Lisca Blanca

QUÉ TRISTES Y LENTOS

¡QUÉ TRISTES Y LENTOS los carrillones que allá silban
en su alma de niebla! Con la fuerza de sus ventosas
todos los pensamientos se esfuman
anegados en un letargo gris como fondo sin calafatear.
Máscaras en el aéreo vapor de las sombras de ciudadelas
torcidas por la aguja que aspa sin imán.
La piedra sagrada jamás deja de ser una hierofanía.
Y el campo está, así, sembrado de matrices,
de intersecciones invistiendo el espacio de la inhumación,
del suplicio. A través de las siegas
un peso hunde sus raíces en un cimiento alejado del tiempo.
Es la profunda cornada que rasga el resplandor lunar.
El cangrejo engulle un vacío blando
donde los pies se hunden vagamente transformándose
en ruido de armas, de huesos que mudan de piel
arrastrándola y haciéndola sonar como un cascabel.
¡Ah, las campanas ininterrumpidas!
Ese gran oficio de difuntos salmodiado sin cesar en el aire,
esa hora en que nada ha terminado,
en que todo podría ser.
Lanceloot Blondeel, Pieter Pourbus, Van Orley, Erasmo Quellin,
De Crayer, Zegers, con sus guirnaldas de tulipanes inmarchitables
cargados de fuerzas diversas irradiando
hacia quien pasa por el Beaterio o la Santísima Sangre.
A la diestra ¿de cuál? Y Tura en los castros arriados
por la herrumbre, por su loca efigie como una vela soplada,

consumida y dispersa. El espectro de la luz zozobra
en la humedad de un sueño que reverbera en Claude Gellée,
o aguarda la estación Delvaux.

Piedra y tela.

Sonido y carne vagan por la estancia saqueada
retumbando un eco de tilos como antigua semilla sembrada.

La hiedra desciende entre cofres de bodas toscanos
en el domingo de la vida. Y huela

ese acoplamiento entre moldes de arcilla.

Todas las ideas de lo sublime gozan del obstinado espectáculo
del caos, del desorden, de la devastación

evocada por la entraña. El oro bulle en las cuevas
como un relicario de lava protegido por la serpiente.

Y ¿qué hay más espléndido que el metal?

¡La luz!

¿Qué conforta más que ella?

¡La llama!

De La estancia saqueada

[Empty box]

NAVEGAR TODA LA NOCHE sobre un canal de tibia leche
y naufragar impunemente como los viejos cargueros. Sube un vaho
a maíz cocido con sal y nieve derretida, un vapor miniado baja
sobre Aretusa donde cada cabello caído se vuelve culebra
en la tarde de los ferris chipriotas.
A la sombra de la luz lunar oigo crepitar el papiro
que desde el Arno escribes sobre la piedra abalada del velador
de una terraza. Sopla un olor de *lobishome* en este jardín cerrado
de la Fuente del Berro. Y de nuevo estoy solo
en la encrucijada de la Gándara, en el aire de un canto,
en el áspero fondo del *hombre del saco*, en este espacio
que tu ausencia concede al rumor de la fuente.
¡Oh Pilón majestuoso! donde la noche se detiene
y un cuerpo, cuya apariencia visible está velada, salta.
En la incorporación veloz de tu torso desnudo
había esa belleza de los templos cuyas ruinas también perecen.
En la incorporación veloz de tu torso la dejadez menstrual
en el Ara de Ierone II, un río escarlata en el azar de los surcos
diversos. Y mis manos como dos cazoletas entre alfa y omega
por donde quiera que cayese. Balaustre de los días de sol
sobre nuestras colmenas drenadas. Estabas tendida en la cama,
huésped de Alcamo, el manso rumor de la persiana, el corredor
atento a cualquier murmullo, los muslos separados con esa
[obligatoriedad
de quirófano y el salitre lustral todavía sin evaporar.
Fantasma de los días de sol sobre los estrechos marinos.
Veo tu cuerpo furtivo cómo se hace forma en la magna ola,
en el césped gélido del patio de la fortaleza. Y lo recuerdo todo:

el tilo, la cisterna, y al fingido felino castrado
a quien dabas calor. Algún juramento te hice echar camino del Antro.
Pero de noche nuestras sombras se movían gravemente en la tienda
para no morir por segunda vez.

Heme aquí en la penumbra de la luz lunar, me evado en el seto
del lenguaje que dialoga en secreto con esa fronda
sacudida por un suspiro. Las pértigas descuelgan los teléfonos,
y tu valva se resiste a abandonar su sueño de roca batida.

Tu juventud es más alta que el más elevado escalón de San Miniato,
allí las faldas se levantan ingravidas con un sopor ciclópeo
y todo lo que albergan al Tercer Día se marchita, se despega
como los sellos abalados de las tarjetas postales.

En la intimidación de las noches pobladas de lava
inútil cerrar las alcobas de los balnearios inundados,
inútil recordar el tiempo de ahora con tu desnudez nocturna
ante el espejo estival de mis próximos treinta años.

Y entonces nos despierta ese automóvil que pasa sin hacer el alto,
velozmente, por esta carretera secundaria sin que reconozcamos
a sus dos ocupantes que corren hacia el mar siciliano.

Nos apeamos y en la Aduana, el viejo gendarme nos detiene.
Es tiempo de vendimia en Cérbère.

De La estancia saqueada

DERRELICTOS

Entré en el bosque no demasiado tarde
como el tordo que penetró en el jardín de William C.W.
Y recordé que el olor del silencio era tan viejo...
Me oía cerrar los ojos, abrirlos de nuevo.
Y la extensión grávida y el profundo oleaje
y el océano del trigo y las piñas colmadas como bóvedas.
La estrella de mar taló su excrecencia,
cómo temblaron los juncos al borde de un agua dormida.
El bosque tenía orejas, el prado ojos,
y todo se disolvía en la áspera divinidad de la peña silvestre.
Conociendo mi propia cantidad me deslicé,
tan sólo era un único elemento inútil al faro de la noche.

De Derivas

DERIVAS

Dentro de tí, el jardín, sus palmeras, su bosque,
el cabello pendiente de una encina,
el polvo de nieve que un cuervo sacude sobre mí
y rescata parte del día que venía lamentando.
Tan ligero, tan libre en vuelo
como un movimiento de tu abanico de Traviata.

Dentro de tí, el jardín, sus palmeras, su playa,
el mal agüero de los pavos reales,
el polvo de vitrales que una alondra sacude sobre mí
y rescata parte del día que venía lamentando.
Tan ligera, tan libre en vuelo
como un beso soplado desde tu boca de Traviata.

Dentro de tí, el jardín, sus palmeras, su fondo marino,
la arqueta de oro donde el espacio se coagula,
el polvo de celuloide que una linterna sacude sobre mí
y rescata parte del día que venía lamentando.
Tan ligero, tan nada en vuelo
como un arañazo de tu uña postiza de Traviata.

Dentro de tí, el jardín, sus palmeras, su cielo estrellado,
la manzana en su rama dorada,
suspensión brillante que una brisa suave sacude sobre mí
y rescata parte del día que venía lamentando.
Tan ligera, tan grávida en vuelo
como cuando partí para cultivar otras landas
y entre las alas de tu nombre me perdí.

De Derivas

EXPRESO

Pardo como follaje seco

ajeno a toda acción que traicione su inmovilidad,
llevado por la brisa como un insecto reducido a sus élitros.
Rígido y erguido como brote de arbusto que un jardinero
[podría cortar.

Baya funesta,
lengua de lentisco que no hace más que borrarse.
Súbitamente se eriza como por una conmoción eléctrica
y las alas despliegan en corola su doble velamen;
el abdomen se enrosca y se distiende por bruscas sacudidas
como un fuelle de aire que se escapa;
las patas rapaces extendidas descubren su ocelo negro,
las joyas de guerra que agitan en las estrechas caderas.
Una pasajera es algo para una noche,
ésta en la que el amor despierta a pesar de sus sombras
y las cenizas se iluminan por la luz lunar.
Pero crece el sueño y pasa el deseo y los trenes que no
[nos descubren.

Y al girar, en la litera,
ya nadie se mueve en la siguiente noche.
Lento,
para qué más rápido,
más tiempo y más lugar
en ningún punto señalado.
Más tardanza,
más aliento para lo que no tuvo cumplimiento

y todavía puede no cumplirse en un nuevo retraso.
¡Oh, este febril, dulce engaño de la anticipación.
Todo se puede perder incluso lo que ya se perdió.
Pardo como follaje seco
espantajo inmóvil cediendo el paso a todos los *pardos como coñac,*
a los pardorrojizos, a los amarillos como malayos
a todos los trenes rápidos Berlín-Trelleborg atravesando
[los balnearios del Báltico.

Blanco en la nieve blanca
y ninguna pureza perdida es tan blanca como su estela,
pétreo en los desiertos,
oro crepitante color de agonía,
gris como la langosta,
verde esmeralda como una bandada de papagayos.

Al fin disuelto en una pasada por la Esquadriha da Fumaça.

Derivas

SIRACUSA

Esta es la ciudad de mi infancia.

Un largo brazo de tierra espoleando el mar.
En el fantasmal casco del Gran Hotel,
varado frente a la dársena y la antigua aduana,
todas las contraventanas cerradas
como las cuadernas del último trasatlántico abandonado.
Allí duermes tranquila,
misteriosa y desconfiada extranjera.
Te abandonas con la palidez sedosa y diáfana
de las flores que tú misma tronchaste en las latomías
y que ahora yacen perdidas entre las hojas de un viejo libro.

Esta es la ciudad de mi infancia.

La Puerta marina y un balcón a cielo abierto
y tantos balcones de hierro forjado contruidos sobre el vacío,
sobre el invisible tapiz del silencio
que solamente rompe el martilleo de la draga.
Y aquí me encuentro entre quienes dudan:
Aquellas figuras echadas en la balaustrada
que contemplan el horizonte con la mirada perdida.
Los pescadores tardíos que no esperan más que matar la tarde.
Los clientes sentados en las terrazas
del café Diana, del Central o del Duomo,
sin consumir nada.

O en las barberías donde la cuchilla se desliza
tan lenta por entre la vieja piel del mundo.
O en las librerías, esos templos del vagar,
de mostradores de madera,
en donde los empleados saben de la paciencia
de vender sabiduría.
¿Quién no puede dudar ante los gustos multicolores de
[las tiendas de helados?
Y sin embargo atravieso el largo de Aretusa,
traspasando el jardín umbrío,
y me encuentro con el otro hotel,
el Des Etrangers,
con toda la luz del día hiriendo su abandono,
reverberando en la Fuente.
Y la Vía delle Sirene,
la zona militar fuertemente protegida
con el antiguo castillo español secuestrado
(el Águila imperial de dos cabezas sin un ala, las
[columnas de Hércules, el Plus Ultra).
Y voy más allá bordeando la iglesia del Espíritu Santo,
la Vía Eolo,
la Vía Niza,
el Belvedere de San Giacomo.
¿Por qué me encuentro siempre caminando entre quienes dudan?
Y alguien me elige para preguntarme una dirección,
a mí, que estoy perdido bajo la húmeda lluvia marina.
La ropa tendida se bate contra las pinzas.
De uno de esos balcones vuela una pieza blanca

como si fuera un último suspiro
arrebatao por el aparato eléctrico de la tormenta de verano.

Esta es la ciudad de mi infancia.

Un gran Arco Iris trepanándola a la hora de la siesta.
Y parece que siempre vuelvo a la misma encrucijada
bajo la casa de los grandes mascarones
que me observan con benevolencia
en la Vía de la Maestranza.
Y al Duomo sostenido por columnatas griegas.
¿Cuántas veces me preguntaron por una dirección
que no supe dar?
Y ya es de madrugada
y todo lo llena la luz lunar.
Y de repente pierdo el sentido de la orientación.

Esta es la ciudad de mi infancia.

Entro en una tienda de souvenirs
y el ilustrador de papiros me mira con indiferencia,
sabe que no voy a comprar
pues soy aquel mismo que preguntó
tantas veces por lo mismo.

Esta es la ciudad de mi infancia.

Grandes buques de carga atracados con las luces encendidas.
Los yates en fila luciendo sus nombres y destinos.

La pequeña comandancia de marina cercada por una tela metálica.
Los quioscos de bebidas ofreciendo el *latte di amendole*
al comefuegos.

Y las campanas y la draga llamando a oración.

¿Por qué aquí el agua es tan plana?

Sólo la marea sube y baja en mi corazón.

Esta es la ciudad de mi infancia.

No sé cuánto tiempo pasó antes de regresar al Gran Hotel.
Otras voces lo habían ya llenado.

Al girar la llave varias veces

vi todos los camarotes cerrados,

un corredor inmenso sin luz

y la alfombra roja como un largo tapiz de sombras desdibujadas.

Entré en la casa desierta de la infancia.

Tu cuerpo era un témpano de mármol
invadido por un perfume de santidad.

En tu mano todavía latía el pulso

como en el corazón de un pájaro cautivo.

He aquí el momento de zarpar

cuando todos los paisajes de la memoria

mueren en los horizontes extinguidos.

En el vértigo de la alta mar
miré con miedo tus ojos y tuve sueño.

Derivas

LA CORUÑA

Construyeron tan altos edificios

que desde ningún punto
se ve ya el faro de mi infancia.
Hoy la luz se estrella
contra los grandes bloques de cemento
y no hay más verdad que la de esas
omnipotentes vallas que cubren las fachadas.
Perdí los cines, los cafés, los trasatlánticos
inmensos como rascacielos por encima de las aduanas.
Perdí mi eucaliptus, mis plátanos queridos.
¡Todos talados! ¡Talados! ¡Todos talados!
Su recta hilera que me protegía con su tacto
en la Puerta de Aires.
¡Oh! si al menos supiera lo que hicieron con sus ramas.
Diez o doce, o apenas menos golpes de hacha
van aniquilando los lugares de mi memoria.
¿Dónde estoy?
Y ahora despierto y sólo siento el manto de la niebla,
y la luz que no llega
para iluminar mi espíritu perdido por sus calles.
Mientras, a lo lejos, suena la draga como un yunque
arrancando un sanguinolento mordisco de amargura.

De El fin de Finisterre

EPIGRAMA

El final en Finisterre buscas

pero nada del final en Finisterre encuentras.

Un barco lentamente atraviesa el horizonte,

un avión a reacción nos circuncida.

¿Cuántos mentidos finales yacen entre sus peligros?

Esto no es el final,

sino el principio.

¡Qué soberbia de ser lo que se ha sido!

El fin de Finisterre el solo monumento

que, al fin, sólo Finisterre vence.

Resto del fin.

¡Oh mundo sin constancia!

Y un coche calado,

como cola de caballo,

cae

¿a dónde?

quisiera verte en vilo asiéndote

a mi blanda mano.

De El fin de Finisterre

PARA NO IR A PARTE ALGUNA

Iremos a...

Siempre hay que ir a algún sitio.
No sé si será allí alegre la vida.
Quizá esté todavía en pie, en el muelle,
la Aduana.
Y los depósitos
con los tablones de madera húmeda recién cortada.
Quizá sólo queden escombros y ortigas,
ruinas donde se escondan los niños que ya fueron.
Los tranvías, con sus pértigas centelleantes,
no saldrán más que de los sótanos,
de los patios traseros de nuestra memoria.

Iremos a...

Siempre hay que ir a algún lugar.
Y si los padres ya no están,
¿quién nos ofrecerá dinero para gastar en los cafés?
Quizá todavía quede en pie el mercado.
Las verduras sobre el empedrado,
la caza recién abatida como un Arco Iris,
los moluscos pellizcando el vacío inmóvil.
Allí estará el pavo real cuyas plumas abanicaron el *imago*.
El fuego sobre la torre y un águila que vuela hacia el cielo.

Iremos a...

Siempre hay que ir a algún sitio,

aunque ya no estemos más que bajo una montaña de mármol.
La noche es la que conviene al descanso.
Y, sin embargo, de noche, ¿a dónde vamos?
Todo se confunde en nada
como un copo de nieve en un juego incontenible.
¿Cuántos paisajes con tu misma soledad?
¡Oh! si supieran que existimos y los amamos,
que el destino nos descarrila por sus estaciones abandonadas.
En qué calles perdido, de qué ciudad.
Y sin embargo, una ciudad aguarda.

Iremos a...

Siempre hay que ir a algún sitio.
No sé si será allí alegre la vida.
Quizá todavía quede en pie el arco etrusco
y la fuente en medio de la plaza.
El mirador que ya no mira hacia parte alguna.
En las murallas más silenciosas
al pensamiento le crecerán alas.

Iremos a...

Quizá todavía pueda encontrar aquellos portales
por los que me deslicé después de la tercera alerta.
Cuchillos que recuerdan el aire.
Allí estará con sus dedos afilados
sentada frente a mí.
Aún oigo su voz opaca:
“Dónde vas esta noche. No sería mejor que te quedaras.
La calle está tan solitaria”.



Iremos a...

Cuántos paisajes con tu mismo dolor se alejan de tí,
se sumerjen en sí mismos, te exculpan.

¡Oh! si supieran que tú existes y los amas.

Pero nadie responde.

Y en tu abovedado sepulcro tampoco hay ya nadie.

¡Oh! las nubes viajeras, los crepúsculos,

la nostalgia de los durmientes perdidos bajo tu silente bóveda.

De Para no ir a parte alguna

LAS RUINAS DEL MUNDO

Las ruinas del mundo no mueren

van apareciendo nuevas, vírgenes,
cada ciertos diluvios.
Escondidas en los grandes cenotes
como luna en noche nublada apareciendo.

Las ruinas del mundo no mueren
van desenterrándose distintas cada ciertos incendios.
Un día el rayo toca con sus cuchillos
los cuerpos del génesis:
Escarba y surgen
sexos fósiles en lechos de lava.

Las ruinas del mundo no mueren
van apilándose como trastos de un viejo *atrezzo*.

Ahora es tu propia tumba
candente figura del olvido.
Allí,
en un valle cualquiera
frente a los ojos absortos
y museos y fotografías y flashes,
que intentan despertarte del sueño
con voces implacables.



Al final se hace el silencio.
La sábana se alza como tapete de ilusionista.
Y ya debajo del doble fondo
sólo nada.

De Para no ir a parte alguna

DARSENA

Ella pedalea al borde de una dársena seca
recordando los versos de un examen suspenso.
En este puerto, cuando yo era tan joven,
las lanchas que zarpaban y regresaban
casi se tocaban en este mismo beso.
¿De dónde partió y a dónde llegó?
Ella pedalea y ya no está el espejo de agua
en donde mirar si se es digno de morir sin ser digno de la muerte.

De Para no ir a parte alguna

LA PRIMERA NOCHE DE LA QUIETUD

¿Cuántos años después,
al salir por la Puerta de San Miguel o del Clavo
las luces de qué faro me iluminarán?
¿Estarán aún Villano, Eddystone o Cordouan
todavía inmóviles alzados en el mar,
temblando perpetuamente sin ser derribados?
¿Serán ya esplendorosos mausoleos de ceniza
o todavía fuego y agua
que sobre estas obras no cesan de verter
dos inmortales: Júpiter y Neptuno?
¿Y por el ébano líquido del Mar de las tinieblas
me avisará, al llegar a los bajíos, la campana de Bell Rock
o solamente ulularán los acordeones del Salier
que el oleaje bate en sus fuelles?
¿En el agua dulce, salada, tibia,
me perderé por entre esas barcas extranjeras
en las que a nadie se ve,
y sin embargo están tan repletas
que hasta a la Muerte le da miedo zozobrar?
¿Parto o retorno como un eterno reemplazante?
¿Y es la luz de la luna o la de los faros
quien me lleva hacia el hueco del mar
con un voluptuoso balanceo que es como el de los pensamientos
que flotan en un alma cuyo pasado es un agua profunda?
¿Y si el Mar de las tinieblas
con su agua color de tinta china,
se hubiese desecado y fuese ahora
un gran desierto de cascos náufragos
con todos los nombres brillantes en sus quillas

como antiguos remordimientos que no quieren dormirse,
por dónde entonces mi nave que se deslizaba por la ruta cerrada?
Pero todo ha de estar en su lugar:
la espuma brillando como una llama mojada,
bocinas sonando como sistros,
la noche, como un regazo, acunándolo todo.
Y en este océano donde aprieto con pasión la ola contra el pecho
más ligero que el corcho, más ligero que la espuma,
me sumerjo para poder surgir
mientras todas estas palabras hacen agua.

De Para no ir a parte alguna

La lectura d'aquests poemes ha estat realitzada per l'autor al Centre de Cultura de «Sa Nostra»

el dia 24 d'abril de 1995



26. JOSEP MARÍ. *Poemes*
27. FRANCISCO J. DÍAZ DE CASTRO. *Noches de hotel*
28. MIQUEL CARDELL. *Les terrasses d'Avalon*
29. FELIPE BENÍTEZ REYES. *Poemas*
30. BARTOMEU FIOL. *Canalla contra Establishment*
31. MARIÀ VILLANGÓMEZ. *Entre la mar i el vent*



Universitat de les
Illes Balears

SA
NOS,
TRA
Obra Social
i Cultural